

Ricitos de Oro

Mano de Oro

**MODALIDAD DE
EDUCACIÓN ESPECIAL
NIVELES INICIAL Y PRIMARIO**



Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación

María Soledad Acuña

Jefe de Gabinete

Luis Bullrich

Director General de Planeamiento Educativo

Javier Simón

Gerenta Operativa de Currículum

Mariana Rodríguez

Subsecretario de Tecnología Educativa y Sustentabilidad

Santiago Andrés

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa

María Lucía Feced Abal

Director General de Educación de Gestión Estatal

Fabián Capponi

Directora de Educación Especial

Ilda Martina Domínguez

Subsecretario de Carrera Docente

Manuel Vidal

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos

Sebastián Tomaghelli

Subsecretaria de la Agencia de Aprendizaje a lo Largo de la Vida

Eugenia Cortona

Dirección General de Planeamiento Educativo (DGPLEDU)

Javier Simón

Gerencia Operativa de Currículum (GOC)

Mariana Rodríguez

Dirección General de Educación de Gestión Estatal (DGEGE)

Fabián Capponi

Dirección de Educación Especial (DEE)

Ilda Martina Domínguez

Asesora pedagógica: Guadalupe M. Fassio

Colaboración: Daniel Alejandro Walker (DGEGE)

Este material es una selección de textos extraídos de la Colección Voces de ayer y de hoy.

Ricitos de oro

Adaptación: Mirta Torres y María Elena Cuter

Ilustraciones: Rodrigo Folgueira

Maravilla criolla | Cuentos populares argentinos

Mano de Oro

Berta Vidal de Battini

Adaptación: Diego Carballar y Juan Martín Tapia

Ilustraciones: Magalí Morales

Idea original, revisión y diseño de la Colección Voces de ayer y de hoy:

Equipo de Contenidos Digitales (DGPLEDU)

Colaboración: Marcos Alfonso y Silvia Saucedo

Diseño gráfico: Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo

Equipo editorial externo

Coordinación: Alexis B. Tellechea

Edición: Natalia Ribas

Diagramación: Estudio Cerúleo

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación | Dirección General de Planeamiento Educativo
Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN: En trámite

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2020, en VCRE GRAFICA S.A.
Santiago del Estero 2156 CABA - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ricitos de Oro

Mano de Oro

Ricitos de Oro



Descargá el audiolibro

<https://bit.ly/2XQIGCG>



Había una vez tres osos pardos: un oso grande, una osa mediana y un oso pequeño. Vivían en una casa amarilla, con techo rojo, en medio del bosque.

Un día, los osos cocinaron una gran olla de sopa deliciosa para el almuerzo. Como la sopa estaba muy caliente, decidieron ir a dar un paseo mientras se enfriaba.



Cerca del bosque vivía una niña pequeña llamada Ricitos de Oro. Ricitos de Oro era muy traviesa.

Esa mañana estaba jugando en el bosque y se entretuvo persiguiendo a una ardilla que corría por allí. De pronto, sintió un olor delicioso a sopa y dijo:

—¡Oh, tengo hambre! ¿De dónde vendrá ese olor riquísimo a sopa?



Miró a su alrededor y vio, entre los árboles del bosque, el techo rojo de una casa. Corrió hacia allí. Golpeó la puerta: ¡pum, pum, pum!

Nadie respondió. Se acercó y miró a través de la ventana. La casa parecía estar vacía, pero vio tres tazones de sopa sobre la mesa.



Entonces, Ricitos de Oro entró porque era una niña pequeña y traviesa.

Primero, probó la sopa del tazón del oso grande.

—¡AY! ¡ESTA SOPA ESTÁ MUY CALIENTE! —dijo Ricitos de Oro.

Entonces, probó la sopa de la osa mediana.

—¡PUAJ! ¡ESTA SOPA ESTÁ DEMASIADO FRÍA!



Por último, Ricitos de Oro probó una cucharada de la sopa del oso pequeño.

—¡ESTA SOPA ESTÁ PERFECTA!

—¡exclamó la niña. Y le gustó tanto que se la tomó toda.

Con el estómago lleno, Ricitos de Oro buscó un lugar donde sentarse para descansar un rato. Junto a la chimenea, vio tres sillas.



La niña se sentó en la silla del oso grande, pero no se sintió cómoda porque los pies no le llegaban al suelo.

Luego se sentó en la silla de la osa mediana, pero le pareció que su almohadón era demasiado duro y se puso de pie.

Finalmente, Ricitos de Oro se sentó en la silla del osito y dijo:

—¡ESTA SILLA ES PERFECTA!

Pero cuando se acomodó para descansar, la sillita se rompió porque era demasiado pequeña.



Entonces Ricitos de Oro subió por la escalera de la casita y llegó a una habitación donde había tres camas.

Primero, probó la cama del oso grande, pero no le gustó porque era muy alta.

Se recostó en la cama de la osa mediana, pero tampoco le pareció cómoda.

Finalmente, se acostó en la camita del oso pequeño:

—¡ESTA CAMA ES PERFECTA! —dijo Ricitos alegremente y se durmió.





Mientras la niña dormía, volvieron a casa los tres osos. Tenían hambre después de su paseo y querían tomar la sopa. El oso grande levantó su tazón y con su voz gruesa rugió:

—¡ALGUIEN HA PROBADO MI SOPA!

Entonces, la osa mediana vio la cuchara dentro de su tazón y chilló con voz finita:



—¡ALGUIEN HA PROBADO
TAMBIÉN MI SOPA!

El oso pequeño miró su tacita y lloró:

—¡ALGUIEN HA PROBADO MI
SOPA! ¡Y SE LA HA TOMADO TODA!



El oso grande fue entonces hasta su silla. Vio que el almohadón no estaba en su lugar y rugió con su voz gruesa:

—¡ALGUIEN SE HA SENTADO EN MI SILLA!

La osa mediana miró su silla, vio que el almohadón tampoco estaba en su lugar y chilló con su voz finita:

—¡ALGUIEN SE HA SENTADO TAMBIÉN EN MI SILLA!



El oso pequeño miró su sillita y lloró:
—¡ALGUIEN SE HA SENTADO
EN MI SILLA! ¡Y LA HA HECHO
PEDAZOS!

Los tres osos subieron las escaleras.
El oso grande vio su cama deshecha
y con su voz de trueno gruñó:

—¡ALGUIEN SE HA ACOSTADO
EN MI CAMA!

La osa mediana miró su cama
desordenada y con su voz finita chilló:

—¡ALGUIEN SE HA ACOSTADO
TAMBIÉN EN MI CAMA!



El oso pequeño se acercó a su cama
y lloró:

—¡ALGUIEN ESTÁ DURMIENDO
EN MI CAMA!





Ricitos de Oro oyó el gruñido del oso grande, pero pensó que era un trueno.

Oyó luego el chillido de la osa mediana y creyó que caía granizo.

Cuando oyó llorar al oso pequeño, abrió uno de sus ojos y vio a los tres osos a su alrededor.



Entonces Ricitos de Oro saltó de la cama, bajó las escaleras, abrió la puerta y se escapó. Los tres osos fueron detrás de ella, pero vieron que la niña corría por el bosque hacia su propia casa y no la persiguieron.

Ricitos de Oro corrió y corrió, y nunca más regresó a la casa de los tres osos.

FIN

Mano de Oro



Descargá el audiolibro

<https://bit.ly/2MtPUG9>



Esta es una historia que los viajeros contaban cuando se detenían a orillas de las rutas a descansar. Es una historia extraña. Ya nadie recuerda de dónde salió, si es que salió de alguna parte. Cuenta que había un hombre que tenía tres hijas muchachas. Un día, el hombre tuvo que emprender un largo viaje. Antes de salir, cortó tres gajos de albahaca de la India, llamó a sus hijas y le dio un gajo a cada una.

—Si se portan mal —les dijo—, el gajo se secará. Pero si ustedes son buenas, el gajo se mantendrá fresco. Así sabré cómo se portaron.

A los nueve días, en una oscura tarde de lluvia, un apuesto joven apareció por la casa y pidió posada a las muchachas. La mayor no quería que el joven se quedara, porque algo

de él no le gustaba. Pero no sabía qué podía ser. Entonces, la menor dijo:

—Yo le voy a decir que se quede en el galpón de la casa.

Las otras dos hermanas se enojaron y le dijeron que era una mala idea. Sin embargo, el joven se quedó.

Esa noche llovió más fuerte. La hermana menor comenzó a sentirse muy preocupada. Y la tormenta la hizo sentir sola también. Como no podía dormir ni dejar de pensar en cosas feas, tomó una costura y se quedó despierta para costurar. Sus hermanas dormían.

Estaba concentrada en la costura, sentada junto a una luz pobre que siempre parecía a punto de apagarse, cuando sintió un ruido en la puerta. Se dio vuelta asustada y vio que, desde afuera, una mano quería sacar la tranca por un hueco de la puerta. “¿Quién llega en medio de la noche y la tormenta?”, quiso decir, pero no pudo.

La muchacha tomó entonces un cuchillo grande que había en la mesa y, en medio de la luz de un relámpago, sin poder pensar por

el miedo, cortó la mano que quería abrir la puerta. Oyó un grito ahogado por los truenos y, luego, una voz que decía:

—¡Ah, me la han de pagar!

La hermana menor se quedó mirando la mano cortada toda la noche, sin saber qué hacer. Amaneció y, muy temprano, decidió enterrarla en el jardín.

“Qué flor más rara con sus cinco pétalos”, pensó después de enterrar la mano junto a un árbol alto.

Cuando las hermanas se levantaron, vieron que el joven ya no estaba. Le preguntaron a la hermana menor si sabía algo del huésped. Ella les contestó que no.

—Pero mi albahaca se secó —terminó de decir, mientras les mostraba el gajo seco.

—Papá nos va a castigar a todas —dijo asustada la mayor.

—No es nada. Hagamos una cosa. Salgan ustedes primero y yo iré detrás. Cuando pasen, una me dará su albahaca para que se la muestre a papá.

Las hermanas aceptaron, para no ser castigadas. La hermana menor pensaba

que el joven visitante había hecho secar la albahaca a través de un encanto. Eso no estaba bien. Pero no se atrevió a decir nada.

Una tardecita, vieron volver a su padre por el camino y fueron a recibirlo. La más joven de las muchachas salió detrás de las otras dos para poder hacer el cambio de mano con la albahaca. El padre fue mirando los gajos en las manos de cada una de ellas. Luego de un silencio, dijo satisfecho:

—Ustedes son buenas hijas.

Tiempo después, otro joven llegó a la casa a pedir posada. El padre se puso muy contento, porque era poca la gente que pasaba por ahí, y ese joven vestía buenas ropas, tenía un lindo carruaje y parecía alguien importante.

Cuando la hermana menor saludó al joven, vio que no tenía una mano y que, en su lugar, llevaba una de oro.

El padre decidió que se preparara una cena muy rica para agasajar al huésped. Todos cenaron muy bien, encantados por la visita, sus historias y sus modales. Solo la hermana menor recelaba del visitante.

Avanzada la noche, el joven y el padre conversaban cada vez con más confianza. El joven le contó que andaba recorriendo el mundo porque estaba buscando novia. Tenía muchas riquezas y solo le faltaba casarse con una mujer con quien vivir en una casa grande y hermosa que tenía. Miró al padre de las muchachas a los ojos y, levantando una copa, le dijo:

—Si una de sus hijas quisiera casarse conmigo, yo me casaría con gusto. ¿Qué le parece?

El padre, atravesado por el rayo de la codicia y la confusión, recorrió con la mirada la vieja casa donde vivían y decidió que esa era una oportunidad única. Brindó una vez



más por la salud del visitante, llamó a las tres hijas y le preguntó al joven:

—¿Con cuál te gustaría casarte?

—Con la más joven —contestó Mano de Oro, sonriendo y señalándola.

—Yo no puedo casarme con usted —contestó ella.

—¿Por qué, hija? —dijo el padre, asombrado.

Ella dudó y, finalmente, dijo:

—No es alguien de mi agrado.

Mano de Oro, muy amistosamente y con simpatía, le dijo al hombre que no se preocupara, que entonces podía casarse... con la mayor.

—Ah, ella sí, ¡que ya está en edad de casamiento! —completó el padre.

La hermana mayor aceptó. Estuvieron unos días viviendo en casa del futuro suegro. Mano de Oro era muy amable y bueno con las cuñadas, incluso con la menor, que siempre lo andaba esquivando.

El día en el que iban a partir, Mano de Oro le dijo al hombre:

—Dentro de unos días, he de venir a buscar a una de mis cuñadas.

—Cómo no, amigo —le contestó el suegro, seguro de que Mano de Oro les conseguiría a sus otras hijas novios tan atildados y ricos como él.

Al poco tiempo, Mano de Oro volvió a llevarse a otra de las hermanas. Comieron, festejaron y luego se fue con la hermana del medio.

Durante el viaje, cuando ya estaban lejos, Mano de Oro paró el caballo en el que viajaba, volvió sobre sus huellas y le preguntó a su cuñada:

—¿Te acordás de que hace un tiempo pedí posada y me cortaron la mano?

Como si una venda se le apartara de los ojos, ella lo pudo ver. Y lo reconoció. Ahora se acordaba de él y de aquella tarde de tormenta. Le dijo que nada sabía de la mano. Y menos, de quién se la podía haber cortado.

—Bueno, ya me la van a pagar —dijo él—. Ya me la están pagando.

Mano de Oro la llevó más lejos, hasta la gran casa en donde vivía. La casa tenía muchas piezas que, cuando llegaron, estaban todas cerradas. Solo el cuarto para ella estaba abierto. La casa parecía vacía. Él le dijo:

—Te quedarás aquí. Vivirás conmigo. Te mostraré tu casa.

La llevó a conocer todas las habitaciones. Abría las puertas y le mostraba lo que había en cada una de ellas. Era una casa hermosa, como nunca antes había visto la muchacha. En las piezas había muebles finos de madera, vajilla de oro y de plata, monedas y piedras preciosas. Era hermosa y, a la vez, era como una pesadilla.

Por cada pieza visitada, Mano de Oro le entregaba una llave. “Todo esto es mío —decía—, y ahora, tuyo también”. Hasta que llegaron a una habitación que quedaba bajando una pequeña escalera, ante la cual Mano de Oro se detuvo.

—Solo esta habitación deberá permanecer cerrada —dijo, y le dio una llave chiquita—. Esta es la llavecita que la abre. Ay de vos si la abrís.

Todos los días Mano de Oro salía y volvía tarde. Cuando él no estaba, la muchacha escuchaba unos gemidos tristes desde la pieza que no podía abrir. Un día pensó muy apenada: “Quién sabe si no es mi hermana la que está ahí encerrada”, y bajó para abrir la habitación. Al abrirla, encontró a su

hermana medio muerta junto a un joven que la acompañaba, también herido. Curó con mucho cuidado a los dos, pero su hermana seguía pareciendo malherida, por más esmero que pusiera en curarla.

De pronto, el golpe de una puerta le advirtió que Mano de Oro estaba en la casa. Volvió a su pieza muy asustada. Cuando se dispuso a esperarlo, vio que la llavecita estaba manchada con una gorda gota de sangre. Quiso limpiarla antes de que él entrara. Con horror, comprobó que, por más que la fregara, la sangre no salía.

Mano de Oro entró y le dijo:

—Dame la llave.

Ella se la dio. Estaba manchada con sangre.

A los tres días, Mano de Oro volvió a la casa del padre de las muchachas a pedir que le dejara llevar a la menor. El padre no se daba cuenta de nada, pensaba que sus hijas estaban bien casadas, y le preguntó si la iba a casar también.

—No —respondió Mano de Oro, sin mirarlo—. Son sus hermanas, que la extrañan mucho y se mueren de ganas de verla.

La hermana menor, resignada, le dijo al padre:

—Bueno, papá, me voy, y jamás voy a volver.

—No seas tonta, si tus hermanas están bien. Muy prontito las tres volverán a estar juntas —dijo Mano de Oro.

Cuando iban camino a la casa, Mano de Oro detuvo el caballo y le preguntó a la muchacha qué sabía de la mano cortada la noche de la tormenta. La muchacha, temblando, le contestó:

—Su mano está enterrada en el jardín. Yo fui quien se la cortó.

Mano de Oro la condujo furioso hasta su casa y le entregó todas las llaves, tal como había hecho con las otras dos hermanas. Cuando llegaron a la última pieza, le dijo seriamente que no se le ocurriera abrirla.

—Si la abris, podrás esperar cualquier cosa de mi bronca.

Él salía todos los días, como de costumbre. Un día, la hermana menor tampoco pudo soportar los gemidos que escuchaba y bajó a abrir la pieza. El joven que había curado la

hermana del medio estaba casi sano, pero sus dos hermanas estaban fatalmente heridas.

Al verla, el joven le dijo:

—Yo soy hijo del rey. Si me salvás, me caso con vos.

Decidieron escaparse de la casa.

Anduvieron un buen trecho, agotados por el esfuerzo de cargar a las hermanas, hasta que se cruzaron con una caravana de leñadores que venía del monte. El joven le mostró a un leñero un anillo que probaba que era el príncipe y le pidió que los llevara hasta la casa del rey.

Ya venía Mano de Oro por el camino, persiguiendo a quienes habían escapado de sus prisiones. Cuando se encontró con la caravana, ofreció mucha plata a los leñeros por cada carro. Pero no pudo comprar aquel en el que se escondían ellos, porque la hermana menor hacía algo que le impedía llegar hasta allí: cantaba una plegaria y rezaba una canción.

Al llegar al pueblo, sacaron del carro al hijo del rey, a la muchacha y a las dos hermanas, que, lejos de la casa, curaron sus heridas.

El rey y la reina estaban felices de volver a ver a su hijo. El joven les pidió permiso para casarse con la que lo había salvado, y se lo concedieron.

Pusieron guardias por todas partes para protegerse de Mano de Oro. Y un perro bravo vigilaba la habitación del hijo.

Un día, la hermana menor miró al perro sorprendida, porque lo vio muy crecido.

—¿Qué comió el animal, que está tan grande?

—El hígado que le dimos —dijo un sirviente.

Esa misma noche, mandó poner cascabeles cerca de su cama. Y les pidió a los guardias que vigilaran bien, porque algo malo podía suceder.

A la medianoche, Mano de Oro salió de adentro del perro para matar a la muchacha dormida. Hubo ruido de cascabeles. Al escucharlos, los guardias entraron a la habitación y le dispararon a Mano de Oro, que no pudo escapar.

Por fin, el joven príncipe y la hermana menor se casaron. Todos en el pueblo quisieron mucho a la que había salvado las vidas de sus dos hermanas y al hijo del rey.

BIOGRAFÍAS

ROBERT SOUTHEY. RICITOS DE ORO

Ricitos de Oro es la historia del encuentro de una niña pequeña y traviesa con tres osos que vivían en una casita en medio del bosque. Nadie sabe quién creó este relato, su autor es *anónimo*. Probablemente se originó en Escocia, donde los abuelos y las abuelas empezaron a contársela a sus nietos. Esos niños, al llegar a viejos, volvieron a narrársela a los más pequeños.

En el año 1837, un poeta llamado Robert Southey escribió la historia que le habían contado cuando era pequeño y la publicó —entre otros cuentos, comentarios y anécdotas— en un libro llamado *El doctor*. Desde entonces, *Ricitos de Oro* es una historia conocida por muchos niños y niñas de todo el mundo.

BERTA V. DE BATTINI. MANO DE ORO

Berta Vidal de Battini (1900-1984) fue una investigadora argentina que recorrió buena parte del país en busca de cuentos y leyendas. Anduvo por valles y montañas, entró en casas, visitó fiestas y se arrimó a

los fogones a escuchar de primera mano las historias que hombres y mujeres contaban cuando hacían un alto en el trabajo.

Durante varios años, trabajó como inspectora en el Consejo Nacional de Educación. Estuvo en contacto con maestros de escuelas de todas las provincias y realizó varias encuestas nacionales para conocer mejor sus realidades. A partir de estas encuestas, pudo notar que tanto alumnos como docentes conocían y contaban cuentos, no los que estaban escritos en libros, sino aquellos que todavía circulaban de manera oral entre bocas y orejas, entre cuenteros y escuchantes.

Entre los años 1931 y 1978, viajó por muchos lugares entrevistando a todo aquel que tuviera algún cuento para contar. Con mucha paciencia, grabó, transcribió y clasificó más de tres mil narraciones, que se publicaron en diez tomos bajo el título *Cuentos y leyendas de la Argentina*, una obra monumental y de referencia ineludible en el estudio de la cultura popular de nuestro país.

Ricitos de Oro

Mano de Oro



En este espacio encontrarán otros formatos accesibles de estos cuentos.

Leer es crear nuevos mundos, es abrir la puerta a la fantasía. En esta entrega encontrarán dos cuentos que esperamos resulten de su agrado, permitiendo compartir un momento en familia. La Modalidad de Educación Especial celebra poder construir con ustedes estos preciados momentos.